



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

JUEVES 1.º DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 94.



EL PADRE HARÁ NOTORIA



TU VERDAD A LOS HIJOS.—(ISAÍAS, XXXVIII, 19.)

EL CULTO DE LA FAMILIA.

LA LUZ.

La paz reina en el mundo. La Europa, la guerrera Europa, la que tiene aun en su sangre el virus de las ideas viejas, duerme en paz. Reposa cansada de sus últimas aventuras. El ángel que vela su sueño la guarece bajo sus alas y dice sonriendo y mirando á la joven América arrullada por el rumor de las olas del Océano: «Duerme, dejémosla quieta. Si se despierta, volverá á las andadas. Es una vieja loca aventurera que no aprende nunca.»

¡Duerme en paz! ¡Oh, que no se despierte! Los ayes de Strasburgo resuenan aun en los oídos de la humanidad. El holocausto de tantos millares de hombres aun no se ha borrado de la memoria de los pueblos. El llanto de muchas familias aun no ha concluido. Los tambores callan, el cañon calla, la diplomacia calla tambien. ¡Silencio bendito!

¡Que no se despierte! Si se despierta empezarán los recelos de nacion á nacion; las viejas antipatías renacerán; los Césares se mirarán con prevención. ¡Los cañones duermen! ¡Oh, que no se despierten! ¿Dónde están aquellos alemanes jóvenes, felices, que atravesaban la Selva Negra cantando el himno de Lutero? Allí están, bajo la tierra de Francia. La tierra que fueron á combatir les ha dado una generosa sepultura. ¿Dónde están aquellos franceses alegres, risueños, que salían de las ciudades cantando el himno de la libertad y de la patria? Allí están, sepultados bajo la misma tierra que los hijos de la Alemania. Duermen juntos el sueño de la muerte. Se han reconciliado al otro lado de la tumba. No pudieron ser hermanos sino al empezar la vida de ultratumba.

Europa, reposa. Algunos de tus príncipes han huido como huían los pueblos enemigos delante de Israel vencedor. Ellos han huido al divisar la augusta faz de la justicia. Los pueblos callan. Pero los inventores de máquinas de guerra trabajan en silencio; en los talleres se construyen muchas armas, muchos fusiles, muchos cañones. ¿Oís aquel ruido? ¿Veis aquel humo? Pues allí están centenares de hombres. En un dia construyen cientos de fusiles, en un año construyen no sé cuantos cañones. Hoy se construye un fusil, al otro dia se funde: hay otro que mata mas. ¡Hurra, bienhechores de la humanidad!

¡Cambises, Alejandro, César, Atila, Tamerlan, Carlo Magno, Carlos V, Napoleon! Hé ahí la historia de la humanidad escrita en ocho nombres. Civilizaciones materiales destruidas, pueblos alineados bajo la espada, imperios abiertos al sol de nuevas ideas, razas sacadas del desierto, grandes castigos impuestos á grandes criminales que se llamaban pueblos, el papado elevado á gran sacerdote de la civilización y á gran asesino de la religion, las grandes nacionalidades sustituyendo al fraccionamiento tan lleno de crímenes y de tiranías, una espada flamejante fundiendo la corona del derecho divino y arrojándosela á los pueblos para que hicieran con ella polvo con el que amasasen la estatua mutilada de la personalidad humana libre, hermosa, resplandeciente como Dios le hizo en los dias caóticos del Génesis; hé ahí la historia de los ocho gigantes. La humanidad se estre-mece al recordar sus nombres. Fueron la cólera de Dios asolando este eterno Sodoma que se llama tierra.

Pero yo me pregunto: «¿Dios santo! ¿Es posible que la guerra no concluya nunca? ¿Es pre-

ciso el agua de la sangre para regar toda idea nueva? ¿Tan mala es la paz que no sirve para hacer crecer nada nuevo?» Yo interrogo el silencio de la noche, la claridad del dia, el sol y las sombras de la historia y nada me dicen. Mi corazón se llena de amarga tristeza. Los hombres pelearán siempre, se matarán siempre. Son hombres y se tratarán unos á otros como bestias feroces.

Pero no, no. Hay algo dentro de mí que me grita que la guerra no es eterna, que morirá al fin como todas las grandes impiedades. Oigo la voz de Dios que dice: «Morirá y morirá. Yo exterminaré al ángel exterminador. Se secará como la flor de la yerba; caerá como la estatua de los piés de barro. Y aquel dia vendrá mi reino y se hará mi voluntad.»

LA SEGURIDAD DE LA SALVACION.

II.

Estamos ciertos de nuestra salvacion; debemos estarlo porque sabemos que Jesucristo ha muerto por nosotros. ¿Pero de esto se deduce que nosotros debamos estarnos lisonjeando siempre y delante de todo el mundo de esta certidumbre de salvacion? Dios no nos prescribe esto porque esto seria faltar á la humildad, al silencioso agradecimiento con que debe recibir todo cristiano el beneficio de la redencion. Es mas, nosotros no debemos creer á aquellos que á todas las horas y en todos los tonos están gritando: «Yo estoy salvo;» porque es muy posible que sean profanos, que por una vana confianza se imaginan ir á los cielos cuando su orgullo y sus vicios les hacen merecedores del infierno. El lenguaje del verdadero cristiano, del cristiano sencillo y humilde, ni puede ni debe ser otro que este: «Señor mio Jesucristo, yo sé que tú me has abierto el cielo con el generoso sacrificio de tu pasión y muerte; yo sé que si creo en tí y te sigo, obtendré la vida eterna; pero sé tambien que aun habiéndonos abierto las puertas del paraíso con tu muerte, tú quieres que recibamos esta gracia humildemente, porque de los humildes y solo de los humildes es tu reino.»

Por otra parte, esta certidumbre plena de nuestra salvacion es un don que no dá Dios en la misma medida á todos los hombres, ni al mismo tiempo tampoco. Unos la tienen antes, otros despues, segun los grados de su fé. Hay algunos que batallan terriblemente en su interior y que sostienen rudos combates dentro de sí mismos acerca del valor meritorio de la obra de Cristo; van adelante, vuelven atrás, vacilan, dudan, hay momentos en que no saben qué pensar, y por fin llega uno en que parece que Dios descende hasta ellos; creen enteramente, vislumbran todo lo inmenso y lo meritorio de la sangre de Cristo, y aquel dia adquieren la certidumbre de su salvacion, gracias á la sangre derramada en el Calvario. Otros no adquieren esta seguridad hasta la hora de la muerte, en que el Espíritu Santo derrama sobre ellos la efusion de sus dones.

Dos consecuencias se deducen forzosamente de las ideas espuestas aquí y en nuestro primer artículo; la primera, que Dios quiere que estemos seguros de que Él cumplirá sus promesas y nos dará la salvacion que Cristo ha conquistado al precio de su muerte; y la segunda es, que Dios no dá esta seguridad sino cuando quiere

dársela al pecador por medio de su Santo Espíritu esclareciendo su fé y aumentándosela hasta el punto de unirle plenamente con Jesucristo.

«El Espíritu de Dios,—dice Pablo en la Epístola á los Romanos, cap. viii, vers. 16,—dá testimonio en nuestros espíritus de que somos hijos de Dios.» Bellarmino asienta una terrible doctrina sobre este punto: «El testimonio del Santo Espíritu no tiene otra certidumbre que una certidumbre *conjetural*.» Es decir, una certidumbre sujeta á conjeturas; es decir, una certidumbre incierta. ¡Magnífica blasfemia que solo puede ocurrirse á un católico romano! ¡Acusar de incierto el testimonio del Santo Espíritu, ó en otros términos, el testimonio de Dios mismo! Pero contra esta aseveracion está la palabra misma de Dios. «El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio de Dios mismo en sí propio.» (1.^a Juan, cap. v, vers. 10.)

¿No está escrito «Retengamos firmemente hasta el fin la seguridad y la gloria de la esperanza?» (Heb., iii, vers. 6.) ¿No se nos ha dicho «Vayamos con seguridad hasta el trono de su gracia á fin de que obtengamos misericordia?» (iv, vers. 16.) ¿No dice San Juan «Yo os he escrito estas cosas á vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios á fin de que sepáis que teneis la vida eterna?» Añadamos á estos pasajes la promesa de Dios de que todo aquello que pidiésemos en el nombre de Jesús nos será concedido, y pidiéndole la salvacion Él nos inspirará la confianza de que ya le hemos obtenido por el sacrificio de su Hijo.

Pablo, en su Epístola á los Romanos, capítulo viii, vers. 37, dice: «Yo estoy seguro que ni vida ni muerte ni cosa alguna nos separará del amor de Dios que Él nos ha mostrado en Jesucristo Nuestro Señor.» El apóstol habla como aquel que está seguro del triunfo, que está seguro de la gloria. «He peleado la buena batalla,—dice en la 2.^a á Timoteo,—he concluido mi carrera, he guardado la fé; en cuanto á lo demas, la corona de justicia me está reservada.» «El Señor me librará de toda mala obra,—dice tambien en la misma Epístola,—y me salvaré en su reino celeste.» ¿Puede darse mayor confianza de su salvacion que la que tenia el privilegiado apóstol? No es menor, sin embargo, la que demuestra el mártir Estéban cuando al morir pronuncia estas palabras: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre sentado á la diestra del Padre.» ¿No dice Simeon, cercano á la muerte, estas magníficas palabras: «Señor, tú dejas ahora en paz á tu siervo segun tu palabra?» Todos estos santos servidores de Dios creen con toda seguridad en su salvacion, porque el mismo Dios lo quiere así; pero hé aquí que algunos hombres reunidos en el Concilio de Trento, dicen: «Sobre aquel que diga que el hombre regenerado y justificado está obligado á creer con confianza que es del número de los predestinados, anatema sea.» ¡Singular locura la del hombre que marcha contra la palabra de Dios!

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

PRIMERA PARTE.

§. I.—Dios.

Dios existe de toda eternidad absorbiendo en su sér la omnipotencia, la sabiduría y la plenitud de toda verdad. Lo bueno, lo bello, lo justo, emana de

su seno. Lo malo, lo disforme, lo injusto, son sus negaciones. No hay ni puede existir principio ni fin sino en Dios. Él es el alfa y el ómega de todo lo visible é invisible. Él es la armonía universal, la esencia vital de todos los seres, de todas las criaturas que existen en los mundos. Él es la luz, y sin Él todo quedaría envuelto en tinieblas. La verdad está en la luz, y el error y la confusión, en la densa oscuridad de las tinieblas.

El cristianismo reconoce la unidad de Dios. Uno en esencia, trino en personas, que los griegos llaman *Hipostasis*. En esta podrían reconocerse tres propiedades ó distinciones, cuales son: La voluntad que inicia San Juan, cap. xii, vers. 49 y 50; San Juan, cap. v, vers. 19 y 20. La palabra que obra San Juan, cap. i, vers. 1 y 14. La inteligencia que conserva San Juan, cap. xiv, vers. 16, 17 y 26; primera epístola á los Corintios, cap. ii, vers. 10, 11 y 12.

Esta definición, sin embargo, queda subordinada al dogma cristiano en sus infalibles condiciones de unidad, igualdad y consubstancialidad. Como la facultad intelectual del hombre es tan limitada para comprender tan alto misterio, ningún cristiano puede dejar de someterse á los términos absolutos de la Trinidad; Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

En este misterio, mas que en ningún otro, de la religión cristiana, debemos ser sóbrios y modestos, de tal manera, que ni nuestros pensamientos ni nuestras lenguas se presten á interpretaciones que escedan los límites que la Palabra de Dios ha puesto á nuestro entendimiento.

El Padre, el Hijo ó el Verbo y el Espíritu Santo son consubstanciales entre sí. El Padre de nadie es hecho, ni criado, ni engendrado. El Hijo es de solo el Padre, no hecho ni criado, mas engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo: no hecho ni engendrado, mas procedente. Y en esta Trinidad nada hay primero ni postrero; el uno no es mayor que el otro. Las tres personas son juntamente de una misma eternidad é igualdad. Credo llamado vulgarmente de San Atanasio.

Dios es infinito y espiritual, sin forma alguna corpórea. A nadie se mostró nunca, y solo como un privilegio especialísimo se hizo conocer á Moisés, primero en una zarza que ardía sin quemarse. (Exodo, cap. iii, vers. 2, 3 y 4.) Mas tarde solicitó este ver el rostro del Señor, pero solo consiguió ver su gloria, despues de haberle dicho: «No podrás ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá.» (Exodo, cap. xxxiii, vers. 20.) Así, pues, el pueblo de Israel creía que la vista del Señor produciría la muerte en quien le mirase. Sin embargo, Dios se mostraba frecuentemente á los hebreos por medio de su gloria, (Exodo, cap. xix, vers. 16 y 18; capítulo xiv, vers. 16 y 17; cap. xl, vers. 32) particularmente en el monte Sinaí cuando entregó á Moisés las Tablas de la Ley.

Dios es nuestra misericordia, nuestro asilo, nuestro amparo, nuestro libertador, el protector nuestro y en quien debemos poner nuestra esperanza. El hombre ha venido á ser nada; sus dias pasan como la sombra; pero el Señor sostiene á todos los que van á caer y endereza á todos los agobiados. Benigno es el Señor y misericordioso y sufrido y de muchísima clemencia. Para todos es benéfico el Señor, y sus misericordias se estienden sobre todas las criaturas. (Salmos cxliv y cxlv, segun los Hebreos.)

INAUGURACION DE LA IGLESIA

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE SEVILLA.

El domingo 31 de diciembre del año próximo pasado, se celebró el primer culto evangélico en la antigua iglesia romana de San Francisco de Paula, hoy propiedad de un comité escocés. El viernes 29 de diciembre, por la noche, celebróse una reunion preparatoria en la que el pastor de Sevilla, Sr. Ca-

brera, despues de trazar á grandes rasgos la historia de la iglesia de Sevilla y la de la compra de la iglesia, dió las mas espresivas gracias al comité de Escocia, por el interés siempre constante que ha manifestado y por los sacrificios hechos en favor de la obra cristiana de Sevilla.

Usaron despues de la palabra los Sres. Black, como representante del comité de Escocia; Carrasco, en nombre de su iglesia de Madrid, y Palomares, de la iglesia anglicana de Sevilla. La reunion se terminó por una oracion que pronunció el Sr. Cabrera.

El domingo, como ya lo hemos dicho, se verificó el primer culto al que asistirian unas 500 personas, número que con corta diferencia se ha sostenido en todas las predicaciones, hasta la noche del domingo 7 en que la iglesia estaba completamente llena. Presentes á esta solemnidad religiosa se hallaban como delegados el pastor alemán Sr. Flíedner y el pastor de una de las iglesias de Madrid, el Sr. Moore. El sermón de inauguración fué predicado por el Sr. Cabrera, y su texto tomado del Evangelio segun San Juan, capítulo iv, versículo 24. No hubiera podido el Sr. Cabrera escojer un texto mejor tratándose de consagrar al Señor una iglesia, en donde siempre se ha dado la preferencia á la materia y á la forma, que el que trata de la adoración en espíritu y en verdad. Este bien meditado discurso, fué escuchado en silencio y con respeto por todos los que habian venido á escuchar la predicación del Evangelio.

No que hayan promovido escándalo los que vinieron sin hacer ánimo de oír; pero su actitud no fué tan respetuosa como la de los otros. Entraban, permanecían de pie detrás de los últimos bancos, miraban las inscripciones bíblicas que se encuentran en las paredes laterales de la iglesia, ó el gran óvalo que está en frente de la puerta y que contiene los diez mandamientos, y luego se marchaban. Esto lo hemos observado en todas las predicaciones, y lo decimos con franqueza, nos ha causado una muy dolorosa impresion. Aquellos hombres no viven mas que de lo material; no viven mas que de la vida de los sentidos; parece como que son extraños por completo á la vida del espíritu. Si se trata de ver ya su actitud es diferente, y buena prueba dieron en la noche del 7 de enero, en la que sabian se iba á distribuir la Cena del Señor despues de terminado el culto. Nadie abandonó su puesto, y todos los sitios estaban ocupados, hasta que la ceremonia quedó completamente terminada. En los otros cultos, como no habia que ver mas que la iglesia, la miraban y se salían sin que el sermón que se predicaba les interesase en lo mas mínimo. Al protestantismo toca cambiar esas disposiciones, y despertar esas conciencias dormidas. A nuestros amigos toca la gran misión de hacer apreciar las cosas espirituales á esos habitantes de Sevilla que han recibido tantos bienes del Señor, bienes que nada producen á causa de esa indiferencia mortal en que los ha hundido la Iglesia de Roma. A nuestros amigos hemos dicho, y téngase en cuenta que no excluimos ni á uno solo de los cristianos evangélicos de Sevilla. Ya tienen una magnífica iglesia, y lo que vale mas, un pastor fiel á su misión, que en toda verdad les anuncia la Palabra de Dios; de ellos será la culpa si muy en breve no aumenta considerablemente el número de fieles cristianos. Esfuércense ellos para conseguirlo, anuncien con la palabra y con la vida el nombre de Cristo, en quien creen y tendrán bendición en su obra. El Señor que ama y bendice á los suyos bendecirá sus trabajos, y la iglesia de Sevilla será grande entre las iglesias cristianas.

PRIMERA CONFERENCIA ABOLICIONISTA.

El día 15 del pasado se verificó en el teatro del Recreo la primera conferencia de las que la sociedad abolicionista piensa celebrar. El local estaba lleno por completo. Muchas señoras ocupaban los palcos y las butacas. Los Sres. Bona y Carrasco, llenaron

la tarde con dos magníficos discursos. La circunstancia de ser el Sr. Carrasco director de LA LUZ, nos impide analizar, como lo haríamos en otro caso, su discurso. El temor de que hubiese alguien que al ser justo en nuestro análisis nos tachase de lisonjeros, detiene la pluma en nuestra mano.

He aquí la reseña que hace de la conferencia *La Propaganda*, órgano de la sociedad abolicionista:

«El respetable senador D. Fernando de Castro, á cuyas virtudes y talentos tanto debe la causa de la abolición, dejando el lecho en que le retenera su salud quebrantada, acudió á presidir el brillante acto.

En un magnífico discurso hizo la historia del movimiento abolicionista español. Se dolió de la indiferencia de los gobiernos, sordos á la voz de la opinión, protestó con grande elocuencia y energía contra los fusilamientos llevados á cabo últimamente en Cuba, á pesar del fallo absolutorio de los tribunales, y escitó el sentimiento de todos los que se llaman españoles en pró de causa tan justa y tan cristiana como la abolición de la esclavitud. Un reverente silencio y extraordinarios aplausos á la conclusion, saludaron el discurso del hombre ilustre y piadoso sacerdote.

Acto continuo, el secretario dió cuenta de los innumerables comités organizados en provincias, de las infinitas exposiciones enviadas á las Cortes, de los tres *Memorandums* de la Junta directiva de la *Sociedad*, de la conferencia celebrada con el que fué ministro de Ultramar, Sr. Mosquera, de las reuniones abolicionistas de Canarias, Salamanca, Velez-Málaga, Leon y otros puntos; de la elocuente proposición de los dignos diputados puertorriqueños presentada al Congreso en favor de la abolición inmediata, y por último, de las adhesiones recibidas de toda España por el tribuno distinguido, grande y primer agitador de esta noble causa, Sr. Labra. También el secretario leyó los nombres de los 89 periódicos adheridos hasta ese día á la liga de la prensa abolicionista.

Levantáronse despues el reputado economista Sr. Bona, cuya esperiencia é ilustración jamás niega su concurso á estas grandes empresas, y el digno pastor de la Iglesia Evangélica, Sr. Carrasco, admirable orador, cuya fama es ya notoria, y ambos desde su punto de vista explicaron los dos siguientes temas:

La abolición en las colonias inglesas, Sr. Bona (D. Félix).

El cristianismo y la esclavitud, Sr. Carrasco.

Felicitemos al Sr. Bona y á nuestro digno amigo por sus trabajos. No hay esfuerzo perdido, no hay lucha inútil. La abolición no se conseguirá y menos hoy que ayer, dado el cauce por el que corre la política española, pero la protesta de los hombres honrados de todas las ideas y de todas las religiones habrá sido unánime, y las naciones extranjeras tendrán que convenir al fin en que si la esclavitud subsiste, la culpa no la tiene España sino sus gobiernos.

EL CULTO DE LA FAMILIA.

El bonito grabado que hoy damos á nuestros suscritores representa á un padre de familia en el momento de leer con los suyos la santa Palabra de Dios. Santa costumbre que no se tiene por desgracia en nuestra patria. Y sin embargo, ¡cuán importante es que, cuando las faenas del día quedan terminadas, el jefe de la familia la reuna para leer juntos la Palabra divina y orar al Dios de las misericordias que derrame sus bendiciones sobre todos y cada uno de ellos! La lectura de la Biblia es un deber para todos los cristianos; la lectura en familia es un deber también tan ineludible como el primero. Así lo comprendieron los cristianos primitivos, de quienes puede decirse que cada uno tenia una iglesia en su casa; así lo comprenden aun hoy día cuantos han dado al Señor sus corazones.

La familia tiene su vida propia, sus alegrías, sus penas y sus afecciones. Es una pequeña sociedad dentro de la grande, y también debe de ser, si es posible sin violentar las conciencias, una reunion de fieles que profesen la misma fé y se reúnan para celebrar el mismo culto. Nadie puede calcular la importancia de las reformas que se operarían en el seno de las familias españolas si la voz de Dios

se dejara oír todos los días de todos los miembros que la componen. La autoridad de los padres sería cada día más respetada. La afección filial sería más intensa. Las santas obligaciones de la vida se llenarían con más amor.

La Biblia revela el hombre al hombre y sin piedad levanta los velos con que procura ocultar su pecado. ¿Y pensáis, queridos lectores, el efecto que produce la voz de Dios denunciando una á una delante de todos las faltas que cometemos? Un padre que lee la Biblia con su familia, ¿puede entregarse á uno de esos vicios que ella condena tan sin piedad? Y si á él se entrega, ¿no le subirán al rostro los colores de la vergüenza al oír que allí, delante de su mujer, hijos y criados, la Palabra de Dios los denuncia y le invita al arrepentimiento?

En vez de celebrar un culto con su familia, el jefe de la casa sale de ella para no volver hasta muy entrada la noche, cuando todos sus hijos están ya entregados al sueño. La madre habrá quizá rezado con ellos un rosario, es decir, un cierto número de oraciones, siempre las mismas, unas dirigidas á Dios y otras á la Virgen; oraciones dichas maquinalmente y que ninguna influencia ejercen sobre el corazón. Así, ¿qué sucede? Que las familias son agrupaciones más ó menos numerosas de individuos que permanecen unidos mientras que la necesidad les obliga á ello y que ansían por momentos que llegue la hora de separarse. Sucede que las santas afecciones, la confianza, la intimidad y felicidad de las almas que no forman sino una sola alma no existen, y que la familia se conmueve apoyada sobre tan débiles cimientos.

Padres de familia, si queréis que la paz y la alegría reinen en vuestro hogar, si queréis que vuestras respectivas esposas os amen y vuestros hijos os respeten; si queréis á vuestra vez amarlos con un amor verdaderamente divino, procurad que todos los de vuestra familia se conviertan al Señor, y después, imitando á la familia que el grabado representa, agrupaos alrededor de la Palabra santa para leerla, que Dios, podéis creerlo, hará descansar su bendición sobre vuestra casa.

EL SANTO CRUCIFIXO DE BALAGUER.

El día 9 del mes de noviembre celebra con extraordinaria solemnidad y pompa la ciudad de Balaguer, en el principado de Cataluña, la fiesta de este Santo Cristo, uno de los mil que se adoran y veneran en la católica España. Esta imagen, dicen los historiadores católicos, según una antiquísima tradición, que el catolicismo apenas se apoya en otra cosa que en tradiciones, es la primera que se hizo de Cristo crucificado. Pero la bondad de esta imagen no consiste precisamente en ser la primera que se hizo de Cristo crucificado; sino, y este es el primer milagro de este Cristo, el haber venido sin que nadie supiese cómo, por los aires ó por debajo de la tierra, á esta ciudad. Ello es que el Santísimo Cristo de Balaguer es una de las muchas notabilidades de este género que existen en España, por lo que el día destinado á su fiesta acuden muchas gentes de los contornos y de más lejos aun.

Nosotros confesamos que no hemos visto esa imagen, pero los católicos afirman que tiene cualidades artísticas muy recomendables. Nosotros no negaremos esto; pero lo que sí negamos, es que las cualidades artísticas que posea las deba á un asombroso prodigio que obró la divina Providencia. La Providencia de este Cristo no fué otra que el artífice que la hizo; si era buen artista hizo una buena imagen, si no, la haría detestable. No rebajemos el papel de la Providencia tanto que digamos que obró un asombroso prodigio para que se hiciera una imagen. ¿Y cuál fué el objeto de Dios al obrar este asombroso prodigio? Este: «el de recomendar á los buenos habitantes de esta ciudad por los inmensos sacrificios que han arrostrado en todas ocasiones para salvar á nuestra santa religión

en los terribles combates que sufría durante las guerras con los sarracenos que devastaban las poblaciones y arruinaban los templos del culto católico.» ¿Y en recompensa de todo eso la Providencia no concedió á los buenos habitantes de Balaguer más que un Cristo? ¡Vaya, vaya! ¡A la verdad que después de tantas hazañas no anduvo con ellos muy generosa la Providencia concediéndoles por todo don un Cristo de madera! Pero así lo dice un padre católico, y claro está que deberá ser verdad cuando él lo dice.

¿Quién creerán nuestros lectores que fué el artista que hizo esta imagen? Pues fué Nicodemo, nada menos que Nicodemo. Habiendo hecho en su alma tristísima impresión la vista de Jesucristo muerto, para que no se perdiera la memoria del Mesías y para fomentar el culto al Salvador, determinó construir en madera la imagen de Jesús muerto. Para hacer la obra con todo recogimiento y cuidado, determinó retirarse á una casa de campo de su abuelo Gamatiel, y así en efecto lo verificó. Empezó el buen artista ó artesano, como le llame el escritor católico á quien seguimos en esta narración, su imagen, y construyó el cuerpo y los miembros sin novedad ninguna. Pero al llegar á la cabeza, aquí empezaron las dificultades. ¿Cómo era posible que él cincelase con exactitud la fisonomía de Cristo muriendo? Aquella expresión de dolor sublime, que debió pintarse en el rostro de Jesús, y al propio tiempo la alegría soberana que le embargaba por salvar á los pecadores, ¿cómo las iba á trasladar á la madera? Nicodemo no sabía qué hacerse. Suspendió su tarea y se puso á orar. Pero hé aquí que en medio de su oración le sorprende un sueño pesado y se queda plácidamente dormido. Entonces era la ocasión, como dicen las crónicas de Balaguer, ó milagro al canto como decimos nosotros. Baja una legión de ángeles y modelan aquella cabeza con toda la perfección que Nicodemo deseaba. Se despierta este, corre á concluir su trabajo y al entrar en el aposento en que le hacía, se queda petrificado al ver aquella cabeza magnífica y resplandeciente que él no ha hecho, y que sin embargo está unida al resto de su obra. En aquel aposento no ha entrado nadie. ¡Milagro! ¡Milagro! Corre á noticiar tan buena nueva á los apóstoles y fieles de la comarca, y estos corren á adorar aquella divina imagen. Llega San Pedro y la bendice, llega San Lucas y le pinta. Manda este trasladar la imagen á Jerusalem para que le adorara la Virgen, los apóstoles y todos los demás cristianos allí reunidos, y en efecto, así sucedió. Pero á la Virgen, al ver aquella imagen tan perfecta de su Hijo crucificado, se la renovaron los dolores que sufrió al verle morir en la cruz, y lloró amargamente besando los pies del sagrado Crucifijo. «De lo que se deduce, dice humildemente el escritor que seguimos, que cuando besamos los pies de este Crucifijo, besamos los mismos en que se imprimieron millares de veces los delicados labios de María, y tocamos lo que fué regado con las abundantes lágrimas de aquella triste y desconsolada madre.»

Relato refero: esto dicen los manuscritos y las crónicas de Balaguer, con respecto á su venerado Crucifijo. *Se non e vero e ben trovato.* La historia si no es escrituraria, por lo menos está bien urdida. La tradición es una magnífica inventadora y conservadora de historias. Cuando no se sabe á quién atribuir se dice «según la tradición.» La tradición, y permítasenos una frase un poco dura, es casi casi la Celestina del catolicismo.

(Se continuará.)

EL TEÓLOGO DOELLINGER Y EL PADRE JACINTO.

Si Doellinger es la cabeza que pretende la reforma de la Iglesia católica, el padre Jacinto es el corazón. ¡Cuán admirables son estos dos grandes é importantes ministros en su semejanza!

El teólogo alemán es silencioso y apático, hasta el extremo de ser frío, siempre sereno y siempre confiado. Por el contrario, el fraile francés es afable y alegre en su conversación, de una sensibilidad exquisita, y lleva consigo una atmósfera de triste esperanza.

Doellinger no se conmueve por los sucesos, sean propicios ó adversos.

El padre Jacinto lleva su corazón en su mano, gozando y sufriendo con todos.

Las ordinarias y marcadas facciones de Doellinger revelan su naturaleza práctica, mientras que la cara ascética del padre Jacinto revela al místico.

Doellinger es religioso; Jacinto piadoso.

En su conversación, Doellinger usa de pocas pero sencillas palabras; es siempre terminante; jamás elocuente.

Jacinto, por el contrario, es siempre terminante porque siempre es elocuente.

Doellinger es algunas veces distraído y aun brusco; Jacinto es siempre manso y amable.

La grandeza de Doellinger consiste en la sabiduría, en la lógica y honradez; la grandeza de Jacinto consiste en su caridad, amor y conciencia.

Estos dos hombres son vecinos y muy amigos, y se les ve muchas veces juntos en el paseo en el gran parque de Munich.

La vida de Doellinger es la de un filósofo, y su casa la de un sábio: una sencilla elegancia reside en todas sus piezas y muebles. Sus riquezas consisten en libros y cuadros.

Sus costumbres son sencillas, casi austeras. Se levanta todas las mañanas á las cinco, y empieza sus trabajos que duran hasta la una de la tarde, hora en que come. Después recibe visitas y se ocupa en cosas menores hasta las siete que cena, y enseguida vuelve á sus trabajos. Tiene 73 años de edad, pero es aun vigoroso y lleno de elasticidad.

Hablando á un amigo, hace poco, se expresó así: «Ya soy viejo y no podré vivir hasta ver la Reforma, pero yo sé qué vendrá. Ha principiado bien, y forzosamente concluirá por la reforma completa de la Iglesia católica: estoy seguro de ello.»

No podemos hablar del hogar del padre Jacinto, porque no lo tiene. Pero lo que él ama más que un hogar, es el altar y de él ha vuelto á posesionarse.

La primera vez que ofició de nuevo, la iglesia se llenó de adoradores que tomaron parte con reverencia en las ceremonias que pocos sacerdotes saben celebrar con igual devoción y uníon y en tono tan conmovedor como el ex-fraile.

LA PAZ DEL SEÑOR.

Señor bondadoso;
Tú que eres quién dá
Su voz á las aves
Y al ronco huracán,
Que doras la espiga,
Que calmas el mar;
Señor, á tus plantas
Mis culpas están,
Tu paz yo deseo,
Me falta tu paz.

Señor, ¿tus bondades
Quién puede contar?
Quien cuente los astros,
Quien pare la mar;
Bendito tu nombre
Por siempre jamás,
Bendita la nube
De gloria en que estás;
Bendita ante todo,
Bendita tu paz.

Señor, yo me postro
Delante tu faz;
Conozco mis culpas

Y espanto me dán:
 Tu Hijo ha venido
 Mi alma á salvar.
 Señor, me arrepiento
 De tanta maldad;
 En cambio te pido
 Tu paz, sí, tu paz.

Me encuentra la aurora
 Pidiéndote paz,
 La noche me encuentra
 Mas firme en mi afán;
 Señor, yo deseo
 Mi vida dejar,
 Volver á tus brazos,
 Comer de tu pan;
 Tu paz sobre todo,
 Tu paz, sí, tu paz.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

UN MÁRTIR EN ROMA.

El día 4 de setiembre del año 1554, el gran tribunal de la Santa Inquisición se reunió por primera vez públicamente en Roma en el gran salón de su famoso palacio, capaz de dar cabida á 1.000 espectadores.

En el fondo del salón se hallaba colocado el trono papal, no que el Papa estuviese presente, sino para hacer constar que él era presidente honorario de la institución.

A cada lado había una plataforma cubierta de damasco, color violeta, ocupada por 12 cardenales, grandes inquisidores. Al pie del trono se veían dos sillones para el uso de los reverendos comisionados y los asesores del tribunal.

En el centro del salón estaba colocada una mesa cubierta con un tapete negro, y sobre ella un Crucifijo de metal negro.

En cada costado del salón había una larga gradería cubierta de un tapete color violeta, destinada á los jueces y consejeros del santo tribunal, y el espacio mas bajo á los notarios, escribientes y demas empleados.

Frente al trono se veía el banco de los testigos, y detrás de él la silla del acusado.

El fondo del cuadrángulo se hallaba ocupado por algunos soldados suizos que impedían la entrada á mas personas.

En una galería que daba vuelta á la parte superior del salón se hallaba la aristocracia romana, y en un trozo de ella el público.

¿Para qué tantos preparativos? La reforma había hecho progresos considerables en Italia por medio de las predicaciones de muchos hombres ilustres, especialmente en Milan, Venecia, Bolonia, Toscana y Nápoles: Roma misma, la Sede pontificia, había sido invadida. Su Santidad y su santa corte habían convenido en la necesidad de un escarmiento ejemplar para impedir la propagación del Evangelio.

Muchos reformadores y personas piadosas yacían presas en las cárceles, y el tribunal iba á congregarse para sentenciarlos á muerte. El salón y la galería estaban atestados de gente que esperaba con ansia y en silencio, cuando á lo lejos se oyó un canto lúgubre: eran los frailes dominicos que entonaban el *Miserere*. La procesión principiaba: pronto penetró pausadamente en el salón.

Abrian la marcha cuatro verdugos, vestidos de un hábito burdo, negro, y á estos seguían 16 acusados de herejía, pálidos y estenuados por los tormentos, cargados de cadenas, y pudiendo con dificultad mantenerse de pie. Seguían despues 30 frailes y mas verdugos, y á estos los empleados, jueces, comisionados, obispos y cardenales, ocupando cada uno su respectivo lugar. Principió el acto por una oración dicha por el cardenal decano, y terminada esta, uno tras otro, los herejes fueron juzgados.

No podemos hablar de todos, solo lo haremos de uno, llamado Juan Mollio. Nació en Montalcino, cerca de Viena, en Toscana. Siendo jóven ingresó en la órden de San Francisco; pero en lugar de perder su tiempo en el ocio y la superstición, lo había dedicado al estudio de la literatura y de la teología. Por medio de la continua lectura de las Sagradas Escrituras y de las obras de los reformadores, había llegado á conocer los errores de la Iglesia de Roma y abrazado la doctrina de la salvación que es en Jesús.

Su talento, sabiduría y piedad le valieron ser elegido predicador del Evangelio y profesor de teología en diferentes universidades. Despues de haber adquirido gran fama como catedrático en Brescia, Milan y Pavía, fué llamado en el año 1533 á la universidad de Bolonia, como catedrático de exégesis, donde se hizo célebre por su gran entendimiento y explicación de las Epístolas de San Pablo.

A causa de ciertas proposiciones que él había presentado en sus clases, tocante á la justificación por la fé, la obra mediadora de Jesucristo, etc., halló gran oposición de parte de otro catedrático de metafísica llamado Cornelio, el cual fué completamente derrotado en una discusión pública, y en venganza de esto acusó á Mollio de herejía, é hizo que fuera llamado á Roma ante la Inquisición. Pero Mollio se defendió tan bien en su primer interrogatorio, que le absolvieron y le devolvieron á Bolonia; mas tarde, acusado de nuevo por las mismas doctrinas, fué llamado otra vez á Roma y echado en una cárcel con poca probabilidad de salir, siendo esta vez su acusador, no Cornelio, sino el mismo cardenal Campezzio. Mollio, ante el gran tribunal, comprendió que todos aquellos preparativos tendrían por término su muerte.

Cuando los cardenales y los inquisidores le interrogaron acerca de sus doctrinas y enseñanzas en la universidad de Bolonia, como asimismo de sus predicaciones en Toscana y Nápoles, previendo él la inutilidad de toda defensa, y seguro de su condenación, tuvo la resolución de justificar sus doctrinas y de hablar á los inquisidores acerca de la verdad. «Yo soy luterano,—dijo él,—como lo fué Pablo, porque creo y enseño la misma doctrina que aquel gran apóstol creyó y enseñó.»

En seguida probó por las Sagradas Escrituras la doctrina de la justificación por la fé, la existencia de solo dos sacramentos, el sacrificio de Jesucristo, su obra mediadora, etc., y concluyó con estas palabras: «Por lo que toca á vosotros, oh cardenales, obispos y sacerdotes; si vuestro poder, como pretendéis, fuera apostólico, vuestra doctrina y vuestra conducta también serían apostólicas. Pero falsamente entendiéis ser los sucesores de los apóstoles, porque habeis rechazado su doctrina; tampoco sois los discípulos de Jesucristo, porque despreciáis su obra mediadora; tampoco sois cristianos, porque perseguís á los siervos de Dios y tiranizáis sus conciencias. Bien sé que estais resueltos á condenarme, que toda defensa de mi parte es inútil, que vuestra sentencia será mi muerte; por tanto, apelo de vuestro tribunal al de Jesucristo en el cielo, donde yo voy ahora para recibir el premio de mi fé, y os aguardo allá para que seais condenados por El segun su Evangelio.»

Estas elocuentes palabras fueron recibidas con aplauso por la muchedumbre. Sin embargo, al día siguiente, Juan Mollio y Tiserando de Perugia fueron conducidos en procesión desde el palacio de la Inquisición á la plaza del Foro, donde estaba preparada la hoguera, y allí, en medio de millares y millares de espectadores, fueron atados al poste y quemados vivos.

Por medio de señas hicieron comprender su gran deseo de hablar al pueblo, pero sus lenguas habían sido horadadas por un hierro candente para impedirlo.

Trescientos y quince años mas tarde, el día 5 del mismo mes de setiembre, á saber, setiembre de 1871, cuando el palacio de la Inquisición fué ocupado por las tropas italianas, y el antiguo palacio papal de la Justicia por predicadores de Evangelio, para vengarse de la sangre inocente de aquel Juan Mollio,

todos los pastores y cristianos en Roma se congregaron para proclamar pública y libremente los mismos principios y doctrinas en cuya defensa el mártir de quien hablamos había muerto.

¡Gloria á Dios, que el reino del Antecristo cae, y que el verdadero catolicismo, por el que tantos mártires han dado sus vidas, se levanta aun en Roma!

(Escrito en Roma por un corresponsal de *El Verdadero Católico*.)

MIGUEL HEALY EL CAMPESINO IRLANDÉS.

Historia verdadera escrita por el reverendo Juan G.

(Continuación.)

Con la tristeza en el corazón y apenada profundamente su alma, Miguel Healy se dirigió hacia una miserable cabaña, buscando en ella abrigo para sí y para su cara familia.

No encontró ni una sola mirada bienhechora y simpática; pero no obstante, podía decir con sinceridad: «Tu Palabra es mi vida y mi consuelo en mis angustias, Jehová haga lo que bien le pareciese. Sea hecha su voluntad.» Pidió trabajo á todos los propietarios de aquel contorno, mas nadie quiso proporcionárselo porque estaban prevenidos contra él. Hay muchos que gritan reclamando para sí la libertad de conciencia, pero á pesar de esto se hallan de ordinario poco dispuestos a concederla á todos. Miguel acabó por verse reducido á machacar piedra en los caminos públicos, y con todo, se consideraba muy dichoso por haber encontrado trabajo en esta humilde ocupación, y ganar así para alimentar su familia con el escaso jornal de tres reales diarios.

Es, en medio de las pruebas y de la adversidad, cuando el hombre manifiesta lo que vale. Por la mañana marchaba con serenidad á su trabajo, y volvía alegremente á la tarde, á encontrar á su familia y su Biblia. Con todo, no por esto se había agotado ya la copa de su aflicción. Plugo á Dios mandar la enfermedad á su casa; su esposa y sus dos hijos se vieron atacados de un terrible tifus; los vecinos no se aproximaron al lecho de su dolor á ofrecer ni prestarles sus servicios; quizás era la fiebre la que les tenía alejados, pero yo creo mejor que eran las prevenciones religiosas, pues los irlandeses son generalmente buenos y compasivos. Miguel solo cuidó de sus enfermos; iba al río, traía agua, humedecía sus labios abrasados por la fiebre y refrigeraba sus ardorosas frentes. El solo velaba durante largas y tristes noches. Por fin, Dios le arrebató uno de los objetos de sus cuidados, á su hijo bien amado; sin embargo, aunque angustiado y afligido, el pobre padre podía decir con Job. «El Eterno me lo había dado, el Eterno me lo ha arrebatado; que el nombre del Eterno sea siempre bendecido.» Lloró sobre los frios é inanimados restos de su hijo, pero nadie, absolutamente nadie vino á tomar parte en su dolor, ni una mano de mujer vino á prodigar los cuidados de costumbre. El pobre Miguel cerró por sí mismo los párpados entreabiertos de su hijo, fijó una larga mirada sobre aquella hermosa y lozana planta que la muerte acababa de tronchar, colocó el cuerpo en el ataúd y le clavó; despues, solo y con el corazón lacerado por el dolor, fué á depositar en la fría tumba los despojos de su caro hijo. Los otros dos enfermos sanaron; y Miguel, dando gracias á Dios, volvió al cabo de algunas semanas á reanudar sus trabajos.

Así luchó por largo tiempo contra la mi sería sin tener mas consuelo que su Biblia. Las escenas tan variadas de la Palabra de Dios, venían á cambiar la monotonía de su vida y le hacían olvidar sus desgracias. Los Salmos de David conservaban para él toda su primitiva belleza, y encantaban sus mas tristes y desconsoladas horas. Por último, Dios, en su bondad, tocó el corazón de un hombre, que conocedor de las cualidades y buena conducta de

Miguel, le procuró una colocación en casa de un propietario de aquel contorno, á cuyo servicio estaba todavía cuando yo le conocí. Sus cuidados especiales se reducían á inspeccionar los trabajos de una heredad. Entonces fué justamente cuando entró á ser miembro de la iglesia de K. y hasta el año 1835 asistió con regularidad al servicio divino, hiciese buen ó mal tiempo.

No teniendo demasiado trabajo con mis feligreses visitaba las parroquias inmediatas, y con esto tenía ocasión de pasar con frecuencia por la vecindad de Miguel, y como es de suponer jamás dejaba de visitarle. Por su parte él también venía con bastante frecuencia á mi despacho; se expresaba perfectamente en inglés, mas cuando hablaba el irlandés su lenguaje estaba lleno de fuego y de una elocuencia especial. Sus ojos, sus manos, en una palabra, todo su ser estaba en movimiento, y cada uno de sus gestos se armonizaba perfectamente con la fluidez de sus palabras. No sabía leer el irlandés, pero sin embargo, estaba encantado cuando me oía leer algunos pasajes de la Biblia irlandesa, y de vez en cuando me hacía algunas observaciones importantes sobre este idioma. Cuando quería oírle expresarse con calor, no tenía yo mas que tocar algún error de la Iglesia romana; á la sola idea de haberse prohibido la lectura de la Biblia, rebotaba ya de indignación.

(Se continuará.)

DISCURSO ABOLICIONISTA

pronunciado el 15 de enero último en el teatro del Recreo por el pastor evangélico D. Antonio Carrasco.

Señoras y señores: El orador que me ha precedido en el uso de la palabra ha dado principio á su notable conferencia suplicándoles que fuésemos indulgentes con él; mas como no ha tenido necesidad de vuestra indulgencia, segun habreis podido observar, espero que la habreis guardado toda entera para mí. Nadie la necesita, en efecto, tanto como yo. Mi nombre es apenas conocido de la gran mayoría de aquellos á quienes tengo en este momento el honor de dirigirme; mi palabra es de escasa ó ninguna valía, y si he de ser franco, ni aun tengo siquiera una noción clara de lo que son estas clases de conferencias. (1) Si se me ha designado para tomar parte en ellas, no ha sido sin duda otra la causa que la de hacer ver prácticamente que en cuestiones tan trascendentales como la que nos ocupa, importa poco que el que habla sea protestante ó católico, ilustrado ó inculto, elocuente ó no; basta con que sea un hombre honrado y escuche la voz de su conciencia que anatematiza esa inicua institución llamada la esclavitud.

El asunto de que voy á ocuparme no es nuevo, bien lo sé; pero tampoco es nuevo el sufrimiento del esclavo. El día en que no exista uno solo en el mundo, el día en que el hombre deje de ser una cosa, propiedad de otro hombre, no me oiréis hablar mas, yo os lo prometo, ni de esclavitud, ni de abolición. Hoy el mal existe, lo tenemos en nuestra casa, su ignominia pesa sobre todos los españoles, y no es posible que ante esa institución, condenada por Dios y la civilización, enmudezcan los hombres de corazón que aspiran al establecimiento del reino de la justicia en la tierra.

La esclavitud es tan antigua como la guerra, y la guerra tan antigua como el mal en el corazón del hombre. El hombre de los primeros días, medio desnudo, hambriento, sin contar para su sustento mas que con el despojo precario é incierto de la

caza, encontró un día á la orilla del bosque á la pobre mujer, desnuda como él y como él hambrienta, y la llevó á la caverna en donde pasaba la noche y se resguardaba de la tempestad. La mujer siguió al hombre, y como ser mas débil, quedó sujeta á él; mas esta esclavitud de la mujer fué la redención del estado salvaje de ambos.

De la familia que se asienta en un terreno dado nace la tribu, y en frente de la tribu honrada y laboriosa se levanta la tribu nómada que vive de la rapiña y de la guerra. La tribu de los primeros beduinos del desierto cayó sobre la otra, y si esta quedó vencida, sus rebaños fueron muertos y distribuidos entre los vencedores, el granero común fué pisoteado y los hombres pasados á cuchillo. Si venció la tribu agricultora, los vencidos fueron condenados á arrastrar la cadena y á cultivar los campos de los vencedores. De la necesidad de brazos para el trabajo nació la esclavitud antigua.

Cuando la ciudad se forma, cuando la tribu ya aposentada confía el poder á un hombre, este baja con los suyos por las laderas de la colina, se precipita sobre las tribus errantes, y vuelve cargado de hombres y de botín. Los vencidos son los esclavos y ellos son los que trabajan. El esclavo levanta las murallas de Babilonia, los palacios de Semíramis y las pirámides de Egipto; el esclavo es el que hace cambiar de curso el Eufrates, el que se tuesta al sol, y el que, en una palabra, muere pegado al suelo para que su dueño viva y goce con el fruto de su trabajo.

Algún consuelo quedaba, sin embargo, al pobre esclavo. El jefe del pueblo vencedor podía dar libertad al pueblo vencido y devolverle á los mismos lugares de donde le arrebató. También podía suceder que los azares de la guerra llevasen á los antiguos dueños á ser esclavos á su vez; y que el opresor y el oprimido fuesen ambos propiedad de un mortal mas venturoso ó de un guerrero mas valiente que ellos. Una cosa y otra se han visto con frecuencia en los tiempos antiguos.

Los fenicios han sido los primeros que han hecho de la esclavitud un tráfico. La sed del oro los devoraba, y no encontrando comercio mas lucrativo que el de la carne humana, pagaron piratas para que en todas las playas arrebatasen mujeres y niños que luego vendían á subido precio. El mercado mas barato para ellos era el campo de batalla: por eso se les vé seguir hasta la India á los ejércitos de Alejandro, quien siempre vencedor podía ofrecerles abundante y barata mercancía. Algunas veces la cantidad de prisioneros era tan considerable, que los fenicios obtenían un hombre por tres ó cuatro reales de nuestra moneda. El crimen de la venta de seres racionales no ha desaparecido aun, solo que hoy se venden mas caros que en tiempo de los fenicios.

Sería interesante estudiar cuáles fueron las condiciones del esclavo en los grandes imperios orientales; pero como esto sobre ser largo pudiera seros molesto, me contentaré con mencionar tan solo á dos pueblos que aun tienen el privilegio de escitar nuestra admiración, Grecia y Roma.

Grecia, la del cielo azul, la de los mares risueños, la noble patria de las ciencias y de las artes, conoció la esclavitud quizá en mayor escala que ningún otro pueblo del mundo. La sociedad griega descansaba toda entera sobre un fundamento maldito. Por cada ciudadano que se paseaba en Esparta, mil ciento sesenta y seis hombres arrastraban la cadena del esclavo. Toda ciudad griega poseía un lugar al aire libre en donde el hombre vendía al hombre. Los mercaderes hacían adoptar á los esclavos una postura artística (en Grecia todo se hacía con arte) y despues ensalzaban su fuerza, su gracia ó su hermosura. Una vez comprado, el esclavo era un ser sin nombre, un pedazo de carne, inerte, pasivo, que se movía bajo la presión del castigo, que servía á la mesa con un bozal cual si fuera un perro, que sufría el tormento si su mala suerte le obligaba á comparecer en justicia. No se admitía por nadie en Grecia que el esclavo tuviese conciencia, ni pudiera discernir la verdad del error. Platon le arrojaba de la humanidad en nombre de

la política; Aristóteles en nombre de la historia natural; Epicuro en nombre del deleite; Zenon en nombre de la indiferencia; Tucídides en nombre de la historia; todos en nombre del desprecio que les inspiraba el mundo entero.

Cuerpo sin alma, el esclavo servía para todos los usos, para el trabajo, para el lujo y aun para el placer. El Estado tenía sus esclavas destinadas á la prostitución. Hombres y mujeres podían ser cedidos, vendidos, legados, alquilados; el esclavo era una bestia y de la peor especie.

En Roma mejoró la suerte del esclavo bajo los emperadores Neron, Adriano y Severo. El primero prohibió á los dueños que arrojaran el esclavo á las bestias feroces; el segundo que se atentara contra su vida, y el último puso su pudor al amparo de los magistrados. Pero antes de que llegaran estos tiempos bienhadados, ¡cuántos cálices de amargura apuraron los infelices prisioneros de guerra hechos esclavos y vendidos por sus vencedores! Apenas podríamos formarnos hoy una idea, á menos de ser cubano ó de haber vivido en Cuba, de la suerte de esos desgraciados que servían á las órdenes de los herederos de todos los vicios y de todas las riquezas del género humano. Cuando no trabajaban vivían, ó mejor dicho, morían encadenados en infectos subterráneos, en donde con dificultad penetraba el aire. Algunos trabajaban también con la cadena puesta. Sus alimentos eran los mas viles, y gracias podían dar si no se les arrojaba á un estanque para que sirvieran ellos de alimento á los pescados que engruesaban los grandes señores. Tal era el desprecio que el esclavo inspiraba á su dueño, que Tácito habla en sus anales de un tal Pallas que nunca daba órdenes mas que por signos, y si lo que tenía que decir era largo, todo lo escribía para no manchar sus palabras dirigiéndolas á sus esclavos. Si el esclavo llegaba á viejo ó si caía enfermo, se le enviaba á una isla del Tiber, para que allí, solo y desamparado, muriese de hambre.

Tal era la esclavitud antigua. Hay que hacer, sin embargo, una escepcion en favor del pueblo hebreo. Los hebreos también poseían esclavos; los obtenían por rescate, por venta voluntaria, por condenación de un juez, por la voluntad de un padre. Pero cada siete años gozaba el esclavo de un año de libertad, y la obtenía completa y para siempre el año del jubileo. El esclavo que una vez era comprado, no podía ya mas ser vendido, y si apelaba á la fuga no se le perseguía. El esclavo era declarado libre si su dueño lo maltrataba. Podía comparecer en justicia, y poseer y redimirse. El sábado era día de descanso y las fiestas lo eran también. El pueblo hebreo no conoció la trata, ni la ley contra los fugitivos. Allí la pureza de la mujer y la debilidad del niño eran respetadas; allí existía la misericordia; allí se recomendaba el amor.

Y hoy, señores, despues de diez y nueve siglos de cristianismo, en medio de los fulgores que despide la radiante faz de nuestro siglo, ¿existen esclavos todavía? Y si existen, ¿cuál es su suerte? ¿Cuáles sus condiciones? ¿Qué cosa es un esclavo en nuestros días? ¡Ah! Existen por desgracia, y la prueba es que nos encontramos reunidos abogando por su libertad. ¿Cuál es la suerte del esclavo en nuestras colonias, me preguntais? Pues escuchad.

Un hijo vé que un capataz coje á su anciana madre, y por una falta que haya cometido, grave ó leve, sin respeto á su edad ni á su pudor, en presencia de todos sus compañeros, hombres y mujeres, la desnuda casi, la azota sin piedad, y el hijo tiene que devorar en silencio la cruel afrenta que se le hace.... Ese hijo es el esclavo moderno.

Un hombre vé que le separan de la mujer que su corazón ama, y le separan de ella porque la venden. Ese hombre sufre, porque, negro y todo, le queda aun un corazón que puede latir de amor por un ser querido, y no puede protestar de otro modo que dejando rodar por su negra mejilla una lágrima de amargura.... ese esposo es el esclavo moderno.

Un joven presuntuoso y vano á quien apenas comienza á apuntar el bozo, se detiene ante un an-

(1) Al llegar á Madrid el 13 de enero despues de una ausencia bastante larga, supe por un amigo que se me había designado para hablar en la primera conferencia que debía verificarse el día 15 por la tarde. En vano protesté alegando que mis ocupaciones no me dejarían tiempo para ocuparme de la conferencia hasta el mismo día 15 por la mañana; fué necesario hablar, y hablé; mas mi desaliñado discurso no fué ni con mucho una conferencia. Se había anunciado que me ocuparía de «soluciones»; mas como lo ignoraba por completo, ni una sola palabra pronuncié referente á este asunto.

ciano cargado de años, de trabajos y de méritos, y sin respeto á la sagrada corona de sus cabellos blancos, levanta una mano criminal y la estampa en aquel rostro venerable á pesar de su fealdad, y el anciano se tiene que hincar de rodillas para besar la mano infame que le ha herido:.... ese último es el esclavo.

Un hombre sale de su mal sana vivienda antes que despunte el día para consagrarse á la ruda faena del cultivo de la caña, y al salir se encuentra á su amo que vuelve en aquel momento, después de una noche pasada en la orgía, á buscar descanso en su mullido lecho, y el primero piensa que todo el producto de su trabajo de un año lo acaba de derrochar el segundo en unas cuantas horas; y con este pensamiento desgarrador vuelve á humedecer de nuevo el suelo con sus lágrimas y su sangre para que su dueño siga gozando y tirando:.... ese mártir del trabajo es el esclavo.

Un negro cultiva con esmero, fuera de sus horas de trabajo, á la pálida claridad de la luna, el pedazo de tierra que su amo le ha cedido para que con su producto se rescate, y cuando ya le falta poco para reunir lo necesario con que comprar su libertad, la muerte despiadada le sorprende en su camino, y muere sabiendo que el heredero de sus afanes y vigilias no será el hijo de sus entrañas, sino su dueño que ya le explotó en vida:.... ese negro es el esclavo.

Otro muere abandonado sin tener el dulce consuelo de invocar el nombre del Dios verdadero, cuya existencia ignora; porque aun cuando le llaman cristiano no han hecho en realidad mas que echarle un poco de agua sobre la cabeza para ponerle un nombre y después nadie se ha vuelto á ocupar de desarrollar sus sentimientos religiosos y morales:.... ese moribundo es el esclavo.

Una mujer, madre de cuatro hijos, ha tenido la dicha de encontrar un amo bueno y cariñoso; pero el amo tiene deudas y no posee lo bastante para pagarlas. En vano pide próroga, es necesario que pague y que venda para pagar á uno de los hijos de su fiel esclava. Con harto sentimiento le comunica la terrible nueva, y la pobre madre desesperada pasa una noche de insomnio; sus facultades mentales se turban, pero no lo bastante para dejar de saborear toda la amargura de su aflicción, y cuando llega el día, aquel día maldito entre todos los del año, aquella mujer, desatentada, loca, coje un cuchillo, y sin que su mano tiemble lo hunde sucesivamente en el pecho de sus cuatro hijos, porque como no sabe cuál será el designado para la venta, prefiere verlos muertos á todos antes que en poder de un nuevo amo que quizá será cruel: esa madre es el esclavo.

Y cuenta, señores, que no es esto una invención mia, es un tristísimo hecho, y en esta villa vive el abogado que defendió á esa pobre madre ante los tribunales de justicia.

Vivir trabajando, vivir sufriendo, vivir muriendo, sin mas ideal que la muerte, sin mas esperanza que el suicidio, es, en una palabra, la suerte de los esclavos en las colonias españolas.

Pues bien, señores, esa nefanda institución, cuya pálida pintura os ha conmovido, lo veo en vuestros semblantes, la tolera la altiva, caballeresca y cristiana España á pesar de todas las protestas de la opinión pública. Sus gobiernos, mas preocupados de las cuestiones personales que de la realización de los grandes y eternos principios de la justicia, ceden ante las amenazas de un puñado de propietarios de esclavos y desoyen la voz del mundo civilizado, empeñado en que desaparezca de la tierra ese borron que basta por sí solo á empañar el lustre de un pueblo cualquiera, aun cuando bajo otro aspecto fuera ese pueblo el mas honrado del mundo.

Nuestros gobiernos no tienen la energía suficiente para adoptar una medida que acabe de una vez con la esclavitud, y lo que es mas triste aun, los hombres y periódicos que apoyan á nuestros gobiernos procuran destruir el efecto de las palabras de los que un día y otro día defienden la causa de la abolición, haciéndoles pasar por hom-

bres vendidos á no sé quién, por enemigos de la madre patria, por hipócritas que bajo pretexto de abolición defienden la peor de las causas. Una cosa me consuela, sin embargo, y es que lo que de nosotros se dice se ha dicho de los abolicionistas cuyo nombre se repite hoy con respeto y orgullo por todos los hombres honrados del mundo. A pesar de las calumnias ellos han triunfado; nosotros triunfaremos tambien. No; no obedecemos á miras ambiciosas ni á bastardas pasiones cuando defendemos la causa de la abolición; obedecemos á las eternas prescripciones del deber, y practicamos los principios mas rudimentarios de la justicia. De mí sé decir que al condenar la esclavitud del pobre negro, soy un fiel intérprete de la doctrina del Crucificado, y que tengo la conciencia de que la causa cristiana triunfa ó sucumbe con la causa de la abolición. Este punto deseo sostenerlo delante de un pueblo que tiene la pretension de ser cristiano, delante de los partidarios de la esclavitud, que por nada en el mundo descuidarian sus deberes religiosos, y tambien frente á frente de los que aun cuando defienden la abolición inmediata, afirman, sin embargo, que el cristianismo ha sido mas bien contrario que favorable á esta noble causa.

El cristianismo, señores, es una religion de libertad y de santidad, porque el amor constituye su principio esencial. El Dios que ha amado á la humanidad hasta consentir en el mas doloroso sacrificio que registran los anales de la historia, no puede querer la mutilación del hombre; quiere, por el contrario, el completo desenvolvimiento de todo su sér.

El Dios del Evangelio, que es un Dios de amor, pide á sus criaturas que le den el corazón; lo que supone que las ha creado libres. Donde no hay libertad, no hay, no puede haber verdadero amor.

Mas aun. Al proclamar la libertad humana, el Evangelio ha proclamado tambien la unidad de la especie y la igualdad de todos los hombres delante de Dios. ¿Qué significa sino la doctrina del pecado original, doctrina que podeis aceptar ó rechazar, pero que es una doctrina evangélica; qué significa esa palabra atrevida de que todos están encerrados en la rebelión? Ante esa solemne declaración desaparecen todas las desigualdades; sobre todos pasa el cristianismo su terrible nivel. Todos encerrados en la rebelión; mas todos comprendidos en la salvación. Jesús al hacerse hombre ha venido á fundar la sociedad espiritual que se compone de todos aquellos que por un acto de espontánea adhesión se unen con El. En Cristo desaparecen todas las distinciones sociales. Antes de su venida, los pueblos separados por barreras insuperables no eran hermanos, la unidad humana no existía; después de su venida la humanidad ha roto los cuadros estrechos y mezquinos en donde se habia fraccionado y mutilado. Comprendo que con las ideas religiosas de la India se defiende la necesidad absoluta de la esclavitud; comprendo que el griego que no consideraba al bárbaro como hombre se hiciese dueño de bárbaro; comprendo que no sintiese escrúpulos de ningún género aquella criatura en cuyos labios pone Juvenal estas palabras de altivo desden: «¿Un esclavo es un hombre?» Pero no comprendo, no puedo comprender que hombres que se llaman discípulos de aquel de quien se ha dicho que en él no hay ni judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, consideren como cosa propia á un hombre por quien Cristo ha derramado su sangre. ¿Cómo lo que ha sido el objeto de ese grande y sangriento sacrificio, puede ser el juguete de un sér que se le asemeja? ¿No sentís que Jesús ha puesto sobre el hombre un sello divino, desde el día en que la redención quedó consumada? No, señores; la abolición no ha comenzado en el siglo XVIII como abriendo la historia profana ha dicho el Sr. Bona; la esclavitud quedó abolida en principio el día en que el Dios-Hombre escribió sobre la cruz en donde dejó su vida, los derechos de una raza redimida.

Para darnos una prueba de su respeto por el hombre, abstracción hecha de todas las posiciones y desigualdades sociales, Jesús ha mostrado una preferencia constante por la porción de la huma-

nidad que podía considerarse mas desgraciada. Acordaos de aquellas declaraciones augustas, en virtud de las cuales se ha hecho solidario de los pobres y desheredados segun el mundo.

Pues bien; si existe un pobre, si existe un desheredado en la tierra, es el esclavo; el esclavo que no se pertenece á sí mismo; el esclavo que no puede decir que el pan amasado con sus sudores sea suyo; el esclavo que no tiene patria, ni mujer propia, ni hijos que le pertenezcan, ni voluntad que se consulte, ni afecciones que se respeten; el esclavo que muere encadenado á la tierra de donde salió, sin que le sea dado suspender su trabajo para buscar en la inmensidad del cielo al Dios que le dá la vida. Si Jesús se ha identificado con los pobres en general, á mayor abundamiento se ha identificado con el esclavo que es el pobre por excelencia, que es el gran mendigo de la humanidad.

Pero ya estoy oyendo la objeción que me presentan aquellos de mis oyentes que no aceptan el Evangelio. «El Evangelio, dicen, no se ha preocupado de la misera condición del esclavo; Cristo no ha pronunciado una sola palabra que condenara directamente la esclavitud.» Es cierto que no ha pronunciado una sola palabra; pero ha hecho algo mas que eso, ha arrojado en el mundo la levadura que debia levantar toda la masa. Ha hecho mas que suponer la abolición de la esclavitud, la ha abolido en las casas y familias en donde ha penetrado. No quiero mas prueba que la epístola de Pablo á Filemon. Onésimo vuelve á la casa de su dueño protegido por la afección del gran apóstol; Onésimo no es ya un esclavo, es un amigo y un hermano de cuantos con él comparten su fé. Es cierto que han existido cristianos que han defendido la esclavitud oponiendo textos bíblicos á los esfuerzos de los hombres generosos que ansiaban estirparla de raíz, y ya me lo recordó con no muy sana intención un periódico moderado, al dar cuenta de un discurso pronunciado el año pasado en el teatro de la Alhambra. Es cierto, por desgracia, que han existido cristianos que han hecho el elogio de la esclavitud, con vergüenza lo confieso; pero sabed que si esta conducta os indigna, me indigna á mí como á vosotros, porque sé que esos hombres, llamados discípulos de Cristo, son los calumniadores de Cristo. Citar una sola palabra del Redentor contra el débil y el oprimido equivale á ahogar al cordero en la misma leche de su madre.

Pero al lado de estos cristianos partidarios de la esclavitud, se han encontrado otros cristianos que la han anatematizado con toda la energía de sus almas: estos eran los verdaderos representantes del Evangelio. La abolición en Inglaterra y en los Estados-Unidos es un triunfo de la causa cristiana. Nada parecia mas imposible en los dos pueblos que acabo de citar. En Inglaterra, como lo ha dicho el Sr. Bona, todos los intereses se habian coaligado contra la abolición. ¿Sabeis quiénes eran los enemigos de los abolicionistas cristianos Wilberforce y Buxton? Pues casi todo el mundo: la Cámara popular, la de los lores, la corona, los ministros, la opinión y los periódicos. Las colonias reclamaban con energía, el Estado temia por el ingreso en las arcas del Tesoro, los puertos de mar alzaban su voz mas amenazadora que el rugido de las olas que los bañaban. ¿Con qué armas contaba Wilberforce? Con cristianos que no se cansaban de firmar peticiones, con una agitación cristiana siempre creciente, con voces desconocidas, pero constantes, que denunciaban un día y otro los crímenes de la trata y lo inicuo de la institución. Pues eso solo bastó. La trata sucumbió, la esclavitud sucumbió, la mayoría fué vencida por la minoría, los intereses cedieron ante los principios, y la esclavitud quedó anodada por la fuerza del Evangelio.

En los Estados-Unidos las dificultades eran mayores, si cabe, que en Inglaterra. El número de los esclavos y la actitud del Sur merecian que se meditara seriamente la cuestión. Los políticos parecidos á nuestros hombres de gobierno retrocedían espantados ante la magnitud de la empresa; pero á

despecho de los prudentes, de los políticos y de los intereses de todo género, la esclavitud ha desaparecido sin que haya temor de que vuelva á resucitar. Es que no es tan fácil leer el Evangelio y enseñar en la escuela y en la iglesia la perfecta igualdad de los hombres de toda raza y de todo color, y llegar á persuadirse luego que se tiene derecho para vender al hombre negro en un mercado público.

La solución fué sangrienta en los Estados- Unidos, pero radical y saludable. ¿Por qué no se hace otro tanto en España? ¿Por qué no se cumplen los sagrados compromisos contraídos con la Europa y la América? ¿Qué especie de maldición es esa que pesa sobre el negro de nuestras colonias para que nunca vea realizadas las promesas que se le hacen?

¡La libertad del esclavo! ¿Y para qué la quiere? me dicen los defensores de la institución. ¿No es el esclavo feliz, mas feliz que muchos obreros de los grandes centros manufactureros? ¿No tiene asegurado su alimento y su vestido? ¿Qué mas quiere? Es feliz; ¿no le basta?

¡Que el esclavo es feliz!.. mas feliz que muchos trabajadores de Europa, sea. Yo quisiera preguntar al mas desgraciado europeo si consentiría en trocar su mísera suerte por la felicidad del esclavo. Estoy seguro de su contestación. Más quiero, respondería, el pedazo de pan negro que comparto con mis hijos en mi mal sana habitación, que los manjares que pueda saborear el esclavo en el palacio de un suntuoso señor. Mi libertad vale mas que el oro y la comida; el mundo no encierra en su vasto seno tesoros con qué pagarla.

¡Que hay esclavos felices! No lo sé; pero lo que si sé es que el que me presentara un esclavo feliz me proporcionaría el argumento mas victorioso en favor de la abolición inmediata de la esclavitud.

Un esclavo feliz es la prueba palmaria de que el asesinato moral se ha consumado, es la prueba irresistible de que inteligencia, voluntad, conciencia y corazón, cuanto constituye la dignidad del hombre, han sucumbido bajo el látigo del negrero. Que no se presente como argumento en favor de la esclavitud esa felicidad, señal cierta de una irreparable degradación.

Otro argumento que se presenta con mas apariencia de razón es la natural pereza del negro. «El negro es perezoso, inclinado al desorden, lleno de astucia y sin ninguna idea del deber. Decretar su libertad es lo mismo que decretar la ruina de Cuba; equivale á hacer de ella una segunda Jamaica.»

Cuando esto oigo, señores, no puedo por menos que pensar y decir: ¿pero quién ha hecho la educación de ese pueblo sino la esclavitud? Luego es mala una institución que despues de tantos años no ha conseguido hacer del negro un sér activo y moral. Luego debe probarse otro régimen que quizá esté llamado á dar todos los frutos que el antiguo no ha sabido producir. El régimen que nosotros proponemos es el bueno, bueno para el negro como para el blanco, como para todo sér racional que se mueve bajo la bóveda del cielo. Escuchad.

Hubo un tiempo en que surcaban los mares buques lijeros que llevaban desplegada al aire una bandera en donde se veían los castillos y leones de España, las immaculadas flores de lis de Francia, ó las armas de otras naciones llamadas cristianas. ¿A dónde iban esos buques? Iban á Africa, á esa tierra infortunada entre todas, á esa tierra fecunda en hijos sellados para la servidumbre, y violentamente arrancaban de sus costas, para amontonarlos cual vil rebaño, en sus estrechas calas, á millares de desgraciados que, segun Montesquieu, han cometido el grave delito de tener la nariz un poco mas roma que los blancos. Todo esto lo sabía el mundo y el mundo no protestaba. Pero llegó un dia en que se despertó de su largo sueño la conciencia cristiana. Otros buques mas pequeños cruzaron los mares, pero estos buques no llevaban armas ni licores para cazar y engañar á los negros, llevaban á hombres, ministros del Dios de paz, que mas de una vez fueron víctimas de la explosión

del odio que otros blancos habían amontonado en los corazones. Los misioneros han recomendado el trabajo, han dado el ejemplo del trabajo y los negros se han puesto á trabajar. La familia se ha formado, el trabajo la alimenta, la escuela la instruye y la religión la santifica. Id desde el Egipto á la Cafrería, desde el cabo de Buena Esperanza á la costa de Oro, y vereis allí donde se ha enseñado al negro á trabajar y á apreciar sus deberes, que el negro es un hombre digno, mas digno que los que hoy explotan su trabajo y su infortunio. Id á la república de Liberia y vereis una población inteligente y moral que rehabilita con su ejemplo á esta raza de color que algunos mercaderes han condenado, en su alta sabiduría, á la degradación y al servilismo.

Que haya entre los esclavos hombres perezosos ¿quién lo duda? La cuestión sería que la estadística nos dijera si los blancos son menos perezosos que los negros. No creo que la diferencia entre ambas razas sea muy considerable. Pero admitamos que toda la desventaja está de parte del negro; es necesario no olvidar que se ha hecho cuanto ha sido dado hacer para que el trabajo le parezca odioso y para matar en él con la libertad todo sentimiento de responsabilidad moral. Se acusa á los pobres negros porque no son ángeles de paciencia y fenómenos de energía, y sus acusadores no tienen en cuenta que no ofrecen á esos desgraciados, víctimas de un crimen permanente y autorizado, mas ejemplo que el de la completa violación de todas las leyes morales. No quiero recordar una vez mas las abominaciones del sistema que nosotros condenamos, por mas que ciertas cuestiones deban siempre tratarse bajo el peso de la mas legítima y santa indignación; solo diré que con la abolición inmediata el trabajo no cesaría, como no ha cesado en los puntos en donde se ha decretado la libertad del negro. Es necesario emancipar á la raza de color que vive en nuestras Antillas. España lo debe á su religión, lo debe á su siglo, lo debe á su honra.

Poco mas de tres años hace que se lanzó en Cádiz el grito de ¡España con honra! grito que presajaba una nueva vida para esta nación infortunada que tanta sangre ha derramado en los tiempos pasados, aunque siempre en vano, para levantarse al nivel de los pueblos ilustrados y libres. Esta vez parecía que el sol de la justicia iba por fin á derramar sus puros rayos sobre nosotros y á disipar las nieblas que nos envolvían. ¡España con honra! repitieron todos los hombres generosos, y para conseguirlo, desaparezcán en buena hora un trono y una dinastía, trastórnense las mas antiguas instituciones, cámbiense las leyes, reformese cuanto haya que reformar. Ante todo y sobre todo ¡España con honra! No mas oprobio, no mas degradación, libertad y honra; ¡viva España con honra!

Tres años han pasado, y pregunto yo: ¿dónde está la honra que nos prometieron? ¡España con honra, y deja que un puñado de hombres se impongan á ella, se burlen de sus leyes y manchen con atrocidades sin cuento los colores de su noble bandera!

¡España con honra, y hace una ley incompleta, pobre é insuficiente acerca de la esclavitud, solo para tener el sentimiento de ver cómo allá en América la infringen los que se llaman españoles! No; la honra de las naciones no consiste únicamente en derribar tronos y en escribir Constituciones para que se infrinjan; la honra de las naciones estriba en la justicia. El grito lanzado en Cádiz no pasará de ser un grito vano, perdido, para nuestra vergüenza, en el espacio, mientras que España tenga hijos esclavos en su suelo. No; no es honrada ni cristiana una nación que tolera y aprueba la esclavitud despues de diez y nueve siglos de cristianismo.

No; no será honrada España mientras que en sus Antillas sigan viviendo hombres esclavos; mientras que el látigo del capataz pueda despedazar sus cuerpos, dividir la familia, degradar el espíritu, matar la conciencia y escarnecer al hombre. En la justicia está la honra de los pueblos, y así como se desdoran los hombres que faltan á sus prome-

sas, se deshonran las naciones que olvidan aquellas que en momentos supremos hicieron á los pueblos; aquellas que entrañaban las exigencias ineludibles de la civilización y los derechos mas sagrados de la humanidad.

Nosotros volvemos en estos momentos por la honra de España ultrajada, y de mí se decir que abrigo la esperanza de ver pronto el dia en que todos los hijos de esta tan noble cuanto desgraciada nación sean libres como el aire que respiramos. No ignoro que nuestros adversarios son fuertes y disponen de grandes recursos para detenernos en nuestra marcha; pero tambien sé que una bendición del cielo es mas poderosa para desmenuzar las cadenas del esclavo, que cuantos medios pongan en juego sus adversarios para remacharlas. Dios presta siempre ayuda á los que defienden una causa santa, y si existe en la tierra una causa santa y noble, es, á no dudarlo, la de la abolición inmediata de la esclavitud. He dicho.

NOTICIAS VARIAS.

En otro lugar publicamos íntegro el discurso pronunciado el 15 de enero en las conferencias abolicionistas por el pastor D. Antonio Carrasco.

Tambien damos hoy principio con el título de Doctrina Evangélica primitiva, á la publicación de un tratado de doctrina cristiana debido á la pluma de uno de nuestros buenos amigos, cuyo nombre publicaremos en su dia si se nos autoriza para hacerlo.

El miércoles 7 del presente, á las ocho de la noche, se reunirán en oración los cristianos en la sala evangélica de la calle de San Cayetano, y el miércoles 14, á la misma hora, en la iglesia sita en la plaza del Limón.

Hemos recibido el reglamento de un Monte-pío infantil fundado por nuestro amigo y correligionario el maestro de escuela de Barceloneta, señor Forner, así como una reseña del estado en que se encuentran los alumnos. La falta de espacio nos impide ocuparnos de este reglamento, que daremos á conocer á nuestros lectores en el próximo número.

Las reuniones de oración de la primera semana del año se han celebrado en Córdoba como en otros puntos; pero creemos deber consignar que por la primera vez han orado en público algunos miembros de la iglesia. La concurrencia en todas las reuniones ha sido bastante numerosa.

El libro-registro de la iglesia arroja un total de 415 miembros de ambos sexos. Es un número bastante respetable de personas, que si comprenden su celestial vocación y son fieles á ella, pueden operar una revolución espiritual en la ciudad de Córdoba.

En suma, el pastor D. Antonio Sanchez parece ahora satisfecho del giro que van tomando las cosas en la tan desgraciada iglesia de Córdoba; Dios quiera en su misericordia bendecir esta obra y hacerla prosperar para su gloria y el bien de las almas.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.